

El tema de nuestro tiempo

JOSÉ TONO MARTÍNEZ

Tecnopersonas es una reveladora, *entretendida* y profunda indagación filosófica del experimento más importante que está afectando a la humanidad desde la aparición de la imprenta. Podemos llamar a esto la transustanciación y transformación y traducción del mundo del entorno analógico al digital y virtual. O, como dirían los autores de este libro, la irrupción del giro informacional hiperconectado que está cambiando las reglas del mundo de la infoesfera. *Tecnopersonas*, de Javier Echeverría y Lola Almedros, nos enfrenta a un presente y sobre todo a un futuro que está asomando, que lo estamos viendo y percibiendo, pero cuyas consecuencias y materializaciones finales pertenecen al mundo de lo porvenir. Parafraseando a Ortega, cuya *Meditación sobre la técnica* es aquí debatida y *aggiornata*, podríamos decir que este libro debería titularse *El tema de nuestro tiempo*. En verdad, no hay otro más apremiante.

Los autores aclaran que no son tecnófobos, pero sí nos advierten contra las numerosas consecuencias no queridas de esta vida *onlife* que se está alumbrando: la tecnopersona como eco o superposición del humano, la tecnopersona como programa o robot y la tecnopersona como ser fantástico o mitológico. Es un libro literariamente apasionante que plantea este experimento futurista o distópico que ya es

nuestro mundo, o el de la serie *Black Mirror*, y que bien podría ser, nos dicen, el resultado de la obra de un genio maligno o dios engañador cartesiano que podría, pronto, hacerse con el control total de la tecnosociedad del Tercer Entorno, del que Echeverría es ya un veterano explorador.

El libro, que es además todo un sugerente repaso de la literatura filosófica acerca de la cuestión de la *techné* y el lenguaje, nos permite numerosas excursiones. Así, se me ocurre pensar que el genio maligno citado de *Tecnopersonas*, o hipótesis de robot o programa inteligente rebelde, vendría a ser algo así como el *fallo de sistema* en el que creían los cabalistas medievales españoles, grandes estudiosos del Zohar, y que sostenían que el mal era un error producido durante la emisión de las diez emanaciones o *sephiroth* de Dios. La divinidad, para crear el mundo, si se hubiera duplicado perfectamente, habría creado algo como Dios. Es decir, algo bueno.

Pero no es así. Y estamos ante una caída, ante un *error de copia*. En nuestro contexto, debemos preguntarnos si esta duplicación del mundo que es el de la nube telemática y el de la infoesfera producirá una copia aún más averiada que la que produjo Dios a la hora de crear el Primer Entorno. De modo que, tal vez y a modo de hipótesis, se podría plantear la idea de que todo aquello que conservamos en un ordenador o de manera digital podría no existir o existir de otro modo si uno de estos robots malignos decidiera jugar a ser Dios. O lo fuera, bis, un clon del primero. El mundo alienante, y de extrañamiento, de posverdad y de redes sociales privatizadas que comercian con nuestra libertad, que esbozan Echeverría y Almendros en los cinco experimentos con que finaliza este libro parece que apunta en esa dirección. No puedo dejar de señalar que en esta Tercera Parte del libro se realiza una brillante exposición de las ideas de Richard Rorty, a mi juicio

el pensador más importante de nuestra contemporaneidad. Rorty se hubiera sentido muy feliz al ver reconocida la categoría de *tecnopersonas* a los entes literarios.

Las *tecnopersonas* traducidas a signos, datos, programas, son los verdaderos protagonistas de este libro y de este gran experimento, sin reglas, o, mejor dicho, con reglas cambiantes que se negocian a diario entre personas, instituciones, estados y empresas. De esta forma, los autores proponen para su libro una lectura abierta tan experimental como la que proponía Julio Cortázar en *Rayuela*; una lectura serindípica y azarosa que va perfectamente a juego con los juegos tecnológicos y de lenguaje que, en el Tercer Entorno, de la gran nube, están rompiendo fronteras entre identidades, pertenencias y lugares, signo claro de nuestro tiempo posmoderno. Este es un planteamiento muy propio de Javier Echeverría y que recoge Lola Almendros, enfatizando la componente rebelde de todo juego en el sentido de que el juego nos permite actuar y retomar y *re-conquistar* espacios de libertad, compartidos con otros tecnojugadores.

La red de redes, alojada en esas nubes insaciables de energía —de momento poco sostenibles— afincadas a la tierra de la que extraen sus nutrientes, es ya la Galaxia Rural en la que virtualmente viajan tecnopersonas que visitan tecnociudades que a veces parecen tecnoaldeas. Rural, porque aquí la máxima libertad convive con la pérdida de toda intimidad, como la *vieja del visillo* y, sobre todo, el dios ubicuo de la tecnología es capaz de colarse en nuestra mente y penetrar hasta el más secreto rincón para escuchar qué pensamos, con sus secuelas de biotecnovigilancia de controles intimidatorios sobre el ciudadano nunca vistos. Ya señaló Fernando Savater en su día que los dioses de griegos y romanos, estos sí hechos a semejanza de nosotros, permitían la privacidad, porque no eran omnipotentes ni estaban en todas partes, ni

podían penetrar nuestra mente, y podían ser burlados.¹ Por el contrario, si no se remedia, el Gran Hermano del Tercer Entorno aspira a la omnipresencia. Salvando las distancias, es un genio maligno monoteísta, que también ha escrito un libro o varios, y ha codificado las *Leyes* que prescriben la comunicación entre las tecnopersonas.

Contra esto se rebelan nuestros autores. Para ellos, la preservación del tecnosujeto autónomo y de sus espacios de intimidad y libertad es el desafío de nuestro tiempo, junto a las estrategias colaborativas que debemos emplear los usuarios del Tercer Entorno para contrarrestar el tecnopoder de estos tecnodominadores. *Señores del aire* en la anterior terminología echeverrina, he ahí a esos milmillonarios príncipes neofeudales que, en la actualidad, dominan la red de redes a través de esas empresas transnacionales privadas que superan y controlan el poder de los estados y sus leyes. Contra estos señores tecnofeudales y contra el dataísmo neoliberal o transhumanismo milenarista y religioso de Yuval Noah Harari está también escrito este libro que, en su parte más utópica, propone democratizar el Tercer Entorno. Para ello se hace preciso una nueva declaración de derechos del ciudadano como parte de la necesaria revisión crítica del concepto de la dimensión política de lo que es persona y *tecnopersona*, tecnocomunidad y tecnomito en la sociedad contemporánea.

Tecnopersonas completa la saga echeverrina que va de *Te-lépolis* a *Los señores del aire*, entre otros fundamentales ensayos, y supone continuidad de los planteamientos seminales que hacía Paul Virilio hace ya muchos años acerca de la sociedad telemática. Para el francés, el tiempo intensivo de la realidad virtual vendría a reemplazar el tiempo extensivo de

¹ Fernando Savater: *De los dioses y del mundo seguido de La piedad apasionada*, Madrid: Polibea, 2020 [1975, 1977], pp. 31, 127-140 y ss.

la visión formal, favoreciendo la presentación de una presencia paradójica o «telepresencia a distancia del objeto o del ser que *supliría* su misma existencia».² Virilio advertía acerca del sentido final de sustitución de nuestra capacidad de ver y de la proliferación de sistemas visuales que vendrían a establecer la *realidad como instantaneidad*. Es el generalizado *está pasando, lo estás viendo* que impide que nos apartemos un momento de la pantalla portátil. Aquí, *el ver* vendría a ser una suerte de *pre-acción* o simulación capaz de suplantarnos, entre otras cosas, por nuestra incapacidad para interiorizar este tecnomundo de operaciones ultrarrápidas en las que nuestras propias capacidades visuales y psicológicas serían ya insuficientes para distinguir lo real de lo simulado, abriéndonos en canal al espacio de la posverdad, analizada aquí en una brillante apostilla.

De muy particular interés, y en esta línea de la *tele-visión*, se nos ofrece una reflexión de la tecnomirada social contemplada desde el tecnopoder satelital que nos controla, al tiempo que permite nuestra tecnoexistencia. O nuestra tecnomemoria tras nuestra tecnomuerte digital, pronto sobre un holograma que reemplazará a la identidad original, de la cual somos tecnorreflejo. Jacques Lacan, en su famoso *Seminario XI sobre la mirada*,³ también se hacía la pregunta por el instante en el que nos queremos hacer objeto de nuestra propia indagación, cuando «nuestra existencia es mirada desde todas partes», y somos nosotros los que *vemos vernos* «como un sujeto que está prendido en el campo de la visión de la mirada». Estamos en la pantalla, pero de igual modo ya *la pantalla está en nuestro ojo*, en nuestra tecnomirada. De ese modo interiorizamos una manera distinta de mirar, un salto

² Paul Virilio: *La máquina de la visión*, Madrid: Cátedra, 1989, pp. 80, 83-93.

³ Jacques Lacan: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (seminario XI), Barcelona: Barral, 1977, pp. 82, 102, 106.

adelante de especie, construyendo la realidad mental cibernética en el lenguaje de la infoesfera. Y lo hacemos mucho antes de que otro, el cibernético de la *inteligencia artificial*, haya llegado. Somos sus *scouts*.

Si *Telépolis* fue una intuición, una iluminación, la ilusión de una utopía, *Tecnopersonas* viene a ser en nuestro tiempo el jarro de agua fría que nos pone ante el mundo inmediato de lo que ha de venir. Pero Echeverría, junto a Almendros, no termina de perder el costado rebelde y optimista que invita a que el ciberespacio pueda ser reconquistado por los cibernautas revoltosos que se refugien en lugares secretos, en catacumbas de redes telemáticas públicas sin *software* propietario, gestionadas cooperativa y democráticamente, allí donde el caracol digital es capaz de mantener su privacidad, su intimidad y su integridad frente a los señores del aire y su ejército de tecnosujetos dispuestos a dominar las mentes de sus tecnovasallos.

Nuestros autores postulan la democratización del Tercer Entorno que pasa por la instauración del principio de división de poderes en las nubes informacionales, y esa es parte de la gran rebelión pendiente de los tecnousuarios, asociados en grupos de resistencia inaccesibles a los tecnoseñores del aire y dispuestos a combatir el actual estado de tecnoservidumbre, en que nos hemos entregado al juego vicario de las redes sociales pagando el peaje de nuestra libertad. Por eso, nos proponen una innovación tecnosocial horizontal que quiebre la estructura piramidal neofeudal patriarcal-vertical dominante. Para ello, se hace preciso formular nuevas responsabilidades y derechos de las tecnopersonas, tanto individuales como colectivos.

Esa es la manera de enfrentarse a la dictadura, o mejor, al encasillamiento que de esos robots programados y el conjunto de aplicaciones que dependen de ellos y que nos con-

vierten en tecnoimágenes públicas de unos nosotros que no somos nosotros, sino nuestra tecnoimagen, nuestro avatar o heterosujeto. Echeverría y Almendros cuestionan a estas tecno-personas nacidas en la placenta del algoritmo para vindicar la tradicional autonomía del tecnosujeto en cooperación libre y creativa con otros tecnosujetos.

Tecno-personas tiene mil aristas. Es un libro poliédrico, cuántico, cuando menos. Quizá una de las más significativas explicaciones de lo que es nuestro tiempo, lo he dicho arriba. Y debería ser traducido y estudiado por todo aquel que quiera vislumbrar adónde vamos.